

La revisión del pasado revolucionario en *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia: un narrador se da por vencido

Revising the Revolutionary Past in Jorge Ibargüengoitia's *Los relámpagos de agosto*: A Narrator Gives Up

ARNDT LAINCK

Otto-Friedrich-Universität Bamberg, Alemania

arndt.lainck@gmx.de

Resumen: Partiendo de la *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin, se recurre a varios estudios sobre *Los relámpagos de agosto* para hacer un balance de cómo Ibargüengoitia parodia el legado del mito de la Revolución Mexicana como historia viva. Que la veracidad histórica del relato se da por perdida, se deja ver ya en el marco de la narración, que permite leer la novela como una falsa reivindicación de los empeños revolucionarios entre otras muchas. A través de la comparación del relato marco de las memorias ficticias del general Arroyo con las memorias de Obregón y Amaya, por un lado, y los epílogos de *Los relámpagos de agosto* y *Las muertas* de Ibargüengoitia, por el otro, se hace posible apreciar la sutil construcción, todavía no suficientemente valorada, de un narrador que se da por vencido de antemano ante la alterabilidad de la historia.

Palabras clave: Jorge Ibargüengoitia; Walter Benjamin; *Los relámpagos de agosto*; Parodia; Revolución Mexicana; Narración enmarcada.

Abstract: Taking Walter Benjamin's *Theses on the Philosophy of History* as a point of departure, the evaluation of a variety of studies on *Los relámpagos de agosto* serves to take inventory of how Ibargüengoitia parodies the legacy of myths about the Mexican Revolution as living history. That the historical truth of the story is lost can already be seen by looking at the frame story which allows reading the novel as a false vindication of revolutionary disputes amongst many others. By comparing the frame story of the fictitious memories of the general Arroyo with the memories of Obregón and Amaya, on the one hand, and the epilogues of

Los relámpagos de agosto and *Las muertas*, on the other hand, a subtle and still not sufficiently appreciated construction becomes apparent: one of the narrators has simply given up in the face of history's changeability.

Keywords: Jorge Ibargüengoitia; Walter Benjamin; *Los relámpagos de agosto*; Parody; Mexican Revolution; Frame story.

Walter Benjamin escribió en su *Tesis sobre la historia* que “[l]a imagen del pasado pasa rápidamente. Sólo como imagen que relampaguea y se deshace para siempre en el momento de su cognoscibilidad es posible retener el pasado. [...] Articular históricamente el pasado no significa discernir ‘tal y como fue de verdad’. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relampaguea en un momento de peligro”.¹ *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia son precisamente uno de estos relámpagos que arrojan mucha luz sobre el mito de la Revolución Mexicana y no sobre el pasado “tal y como fue de verdad”. Escribe Beatriz Sarlo en *Tiempo pasado*:

Su filosofía de la historia [de Benjamin] es una reivindicación de la memoria como instancia reconstructiva del pasado. Los llamados ‘hechos’ de la historia son un ‘mito epistemológico’, que reifica y anula su posible verdad [...]. En la estela de Nietzsche, Benjamin denuncia el causalismo; en la estela de Bergson, reivindica la cualidad psíquica y temporal de los hechos de memoria. El historiador, seguida esta afirmación en todas sus consecuencias, no reconstruye los hechos del pasado (esto equivaldría a someterse a una filosofía de la historia reificante y positivista), sino que los ‘recuerda’, dándoles así su carácter de pasado presente, respecto del cual hay siempre una deuda impaga (Sarlo 2012: 34).

Este ensayo se propone demostrar cómo Ibargüengoitia le devuelve a la historia su subjetividad en las memorias del general Arroyo y cómo apunta con ello a una deuda impaga e impagable en la época en que la novela fue redactada. La novela, escrita en clave paródica, está llena de momentos de peligro para el legado y la rememoración futura de la Revolución Mexicana. Escrita en 1964, narra, a modo de memorias, las peripecias del general de División José Guadalupe Arroyo, llamado Lupe, en los años 1928 y 1929, con la finalidad de justificar sus actuaciones en contra de otras versiones en circulación, a saber, “las *Memorias* del Gordo Atajo, las declaraciones que hizo al *Heraldo de Nuevo León* el malagradecido de Germán Trenza, y sobre todo, la Nefasta Leyenda que acerca de la Revolución del 29 tejió, con lo que se dice ahora muy mala leche, el desgraciado de Vidal Sánchez” (Ibargüengoitia 2013: 9). La rememoración y fijación por escrito de una verdad que, además, se subvierte a sí misma constantemente en la narración, pretende dirigirse en contra de las falsificaciones de la historia en un momento histórico que ya había dejado plenamente patente que la cognoscibilidad

¹ Traducción mía de: “Das Bild der Vergangenheit huscht vorbei. Nur als Bild, das auf Nimmerwiedersehen im Augenblick seiner Erkennbarkeit eben aufblitzt, ist die Vergangenheit festzuhalten. [...] Vergangenes historisch artikulieren heisst nicht, es erkennen ‚wie es denn eigentlich gewesen ist‘. Es heisst, sich einer Erinnerung bemächtigen, wie sie im Augenblick einer Gefahr aufblitzt” (Benjamin 2010: 84; 85).

del pasado revolucionario era una ilusión y que la instrumentalización del mito tenía y sigue teniendo sus propios fines.

Sheridan apunta que Ibargüengoitia, con esta su primera novela, muestra cómo la reescritura del pasado debe justificar el presente: “[...] *Los relámpagos*, en tanto novela histórica, es así la [zona] del poder como despojador de la historia; y su propósito plausible sería el de reivindicar, escépticamente, la propiedad común de ese pasado” (Sheridan 1995: 50). La usurpación de la verdad histórica que supone la idealización del mito revolucionario y el secuestro de los ideales en que devinieron las esperanzas revolucionarias son contestados por una novela en que el protagonista y sus aliados tratan a su vez de hacerse con el poder, de robar el legado y el futuro de la Revolución, para que no caiga en manos de ladrones igualmente ilegítimos. La cleptocracia como denominador mínimo común. Puntualiza Sheridan que “el robo como *ultima ratio* de la revolución y de la actividad política mexicana es norma entre los generales alzados, entre ellos y sus enemigos, entre ellos y el pueblo y entre todos y la historia” y que “Ibargüengoitia tuvo la congruencia de hacer una farsa de otra farsa: una revolución congelada entre la decrepitud de su pasado y su siempre postergada realización futura” (51).² En otro lugar añade: “El robo y el despojo circunstancial apuntan al robo que resulta de la convicción íntima que tiene el poderoso mexicano –de cualquier nivel– de que su llegada a la historia lo autoriza a aplicar su ley privada, una ley que, dicho de manera sucinta, lo convierte en inminente dueño de todo” (Sheridan 1997: 257). El mismo Ibargüengoitia escribió en *Instrucciones para vivir en México*:

El presidente del Partido declara que el PRI no es una especie de ‘Cosa Nostra’. [...] Esto es chistoso, pero no es verdad. Es una metáfora que usó un escritor norteamericano para darse a entender por sus compatriotas. Nosotros sabemos que no es cierto. Claro que lo ocurrido en el seno de nuestra gran familia revolucionaria entre el asesinato de Zapata y el de Obregón –pasando por los de Villa, Carranza, Serrano, etc.– deja chiquita a cualquier guerra entre familias mafiosas (Ibargüengoitia 1992: 148).

Las citas memorables sobre la Revolución Mexicana que el periodista Ibargüengoitia publicó a lo largo de su carrera como columnista para el periódico *Excelsior*, y que Ernest Rehder sistematizó y editó, son muy instructivas para el caso: “A la nuestra [revolución] le pasa lo mismo que a todas las mujeres de sesenta años. Ha adquirido una respetabilidad que nunca hubiera pretendido tener en su juventud”; “...sus primeros veinte años son una sucesión no interrumpida de acusaciones de traición y de actos de desconocimiento...”; “...se ha tratado de ver la Revolución como un Western, con malos y buenos, triunfadores y vencidos y en donde la virtud se impone al final”; “Ya muertos [Zapata, Villa, Carranza, Obregón *et al.*], todos parecen estar de acuerdo” (23-24). Pero quizá la cita más oportuna en relación a la técnica paródica que Ibargüengoitia emplea en *Los relámpagos* sea la siguiente:

² Juan José Reyes parece concordar con esta posición cuando escribe: “El México posrevolucionario tenía frente a sí un vasto pasado que aclarar y un futuro aún mayor que construir” (Reyes 2004: 17).

Con los gobiernos revolucionarios aparece, en la monumentalística mexicana, una nueva tendencia, que consiste en intentos sucesivos de representar ideas abstractas dentro de un estilo realista. Por ejemplo, un señor sin camisa, secándose la frente con una mano y deteniendo en la otra un marro inútil, representa *El Trabajo* (23).

Es precisamente esto en lo que se empeña el autor al retratar a los generales de la Revolución como ladrones, secuestradores, extorsionadores, conspiradores constantes y mitómanos, es decir, como cuatrerros expoliadores de la vaca sagrada de la Revolución, para quedarnos dentro de la imagen de la representación de una idea abstracta en estilo realista que delata sus propios defectos. Viene al caso también otra declaración que hizo el autor con respecto a su quehacer literario y el empleo del humor en ello:

El humor es algo que yo, francamente, no sé lo que es. El término ‘comedia’, por ejemplo, significa algo muy concreto: se trata de una visión muy parcial de las cosas, de ver la realidad con un sesgo en el que todo es un poco grotesco y presentarlo como tal. La comedia supone una simpatía del escritor con el personaje. La sátira es otra cosa: el escritor odia al personaje y lo presenta como una piltrafa. [...] Lo que a mí me interesa es presentar la realidad [...] (Ibargüengoitia/Asiain/Oteyza 1985: 49).

Sin explayarnos sobre los modos de parodia en *Los relámpagos* aquí,³ si le tiene simpatía a su general o si lo presenta más bien como piltrafa, cabe destacar que el autor ve el humor no tanto como un medio para sus fines, sino como algo que es inherente a la realidad *misma*. En una entrevista con Margarita García Flores reiteró esa idea con énfasis: “Debo aclarar algo muy importante. Yo no me burlo, no me río. Me parecería ridículo hacer un personaje con el único objeto de burlarse de él. [...] me interesa presentarlo, presentar un aparato que en la novela tenga relación con la realidad, según la veo” (Ibargüengoitia/García 2002: 408). Preguntado por su concepción de la Historia, contestó:

Explicarle mi concepto de la historia de México es imposible, porque no sé cuál es. [...] Las librerías estuvieron llenas, hace 15 años, de memorias de generales mexicanos que ellos pagaban, ellos editaban, ellos escribían y nadie compraba. Todas estas memorias son contradictorias. [...] La ideología de la Revolución mexicana se puede escribir en el puño de una camisa. Había que tumbar a Huerta, había que tumbar a Porfirio Díaz... y punto (409-410).

Ibargüengoitia vio el pasado revolucionario, además, como algo que se difuminó antes de cuajar: “[...] estoy hablando de un mundo que ya no existe, porque México no sólo ha cambiado rápidamente sino que se ha perdido. Es un país que no está

³ Para los modos de la parodia e ironía en Ibargüengoitia, véase García (1978), Azuela (1984), Castañeda (1988), Lorenzo (1991), Medina (1996), Trejo (1997), González (1998), Biron (2000), Escalante (2002), Campesino (2005), Lange (2008), Rosenvinge (2009) y Domenella (2011) entre otros. Para una historia de la crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto* (1964-2000) véase Santillán (2002).

escrito. [...] El problema de México es que no tiene historia” (Ibargüengoitia/Asiain/Oteyza 1985: 48-49). Un dato curioso en este contexto, a modo de ilustración de lo susodicho, puede ser que en la *Historia General de España y América*, en el tomo XVIII, intitulado *Hispanoamérica en el siglo XX*, el catedrático Jaime Delgado Martín cita de manera continua a Martín Luis Guzmán, como si sus novelas fueran simples fuentes históricas y sin dejar en absoluto claro que deberían ser leídas con un grano de sal (cf. Delgado 1992: 108-112). Las memorias de caudillos y los testimonios de revolucionarios que presenciaron directamente los eventos y que disponían de información de primera mano para dar lugar a la llamada novela revolucionaria se colapsan igualmente en *Los relámpagos* de Ibargüengoitia, para demostrar que la historia no viene a ser escrita solamente por los ganadores, sino también por perdedores rencorosos que se distinguen de aquellos simplemente por haberse llevado un poco menos del botín.

En una conferencia bastante irónica (e inventada) que un tal Ibargüengoitia dio sobre su obra se puede ver hasta dónde llegó su simpatía por el personaje/narrador Arroyo y la identificación con él:

El supuesto narrador de *Los relámpagos de agosto* es el general de división José Guadalupe Arroyo, que participó en la “revolución del 29” y que se siente vilipendiado, injustamente relegado, mal retribuido y mal interpretado. [...] Todas estas características, dijo el conferenciante [Ibargüengoitia], él las comparte con su personaje. Él se siente vilipendiado, injustamente relegado, mal retribuido y mal interpretado, es capaz de participar en una conjura, pero incapaz de comprenderla, capaz de planear grandes operaciones, pero incapaz de cuidar los detalles, es respetuoso con los fuertes y despiadado con los débiles, inoportuno en sus explosiones de furor y muy torpe para cortejar la autoridad. Además, el conferenciante confesó que a él también le gustaría tomarse una botella de cognac Martell cada vez que se siente deprimido, resfriado o eufórico. El general Arroyo, concluyó el conferenciante, es una máscara de Jorge Ibargüengoitia (Ibargüengoitia 2002: 422-423).

Hasta aquí, entonces, llegó la simpatía del escritor por su general, como declara Ibargüengoitia en *Los narradores ante el público*, y así da otra vuelta de tuerca más al juego de máscaras, pero vamos a ver que la construcción de la instancia de los narradores múltiples es todavía más complicada e irónica de lo que deja aparentar el conferenciante aquí.

La crítica⁴ señala tres intertextos en concreto que sirvieron de inspiración al autor: *Los gobiernos de Obregón a Calles y regímenes ‘peleles’ derivados del callismo* del general Juan Gualberto Amaya, que precisamente comparte las iniciales de nombre y apellidos con el protagonista de la novela: Juan Guadalberto Amaya, José Guadalupe Arroyo, *Ocho mil kilómetros de campaña* de Álvaro Obregón y *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre* de Francisco J. Santamaría. Pero la generalidad de los estudiosos del asunto parecen estar igualmente de acuerdo en que estos textos no suponen un blanco literario en el sentido clásico de la parodia, sino que los paralelismos

⁴ Véase Domenella (2002), López (2002) y Campesino (2005: 117 ss.).

sirven como meros ejemplos de un discurso sobre la Revolución Mexicana más global, para expresar el descontento de Ibargüengoitia frente “a los valores establecidos por los corruptos vencedores de la Revolución Mexicana, que en sus últimos años destacó por la falta de ideales que hubieran justificado las luchas sangrientas” (Lange 2008: 141).⁵

Reina también un amplio consenso en la crítica en cuanto a que la novela supone una desmitificación⁶, si no necesariamente de forma directa de la novela revolucionaria, ya de por sí preocupada con los malogros de la Revolución, seguramente sí sería una desmitificación de los discursos interesados sobre esta como hecho fundacional de la era moderna de México.⁷ La estabilidad de un discurso ficticio alrededor de la institucionalización de la Revolución parece ser lo más preocupante si se la mira desde lejos. Lo verdaderamente perturbador es, en palabras de Domínguez, “la inagotable estupidez del patriotismo, tanto más imbécil cuando se ejerce desde el poder [...]” (Domínguez 2006: 80). La revisita o la revisión de la historia de este poder hecha en *Los relámpagos* no sería en este sentido ni siquiera una reescritura, o mejor dicho, sería simplemente una reescritura entre otras, parecida, pero más entretenida; una etimología de la historia oficial entre varias posibles, hablando con palabras de Javier Marías, no menos disparatada ni menos verosímil “que las verdaderas. [...] conocimientos ornamentales [...], fuesen falsos, auténticos o semiverdades. A veces el saber verdadero resulta indiferente, y entonces puede inventarse” (Marías 2006: 26). Desde su condición de historiador, Barrón advierte que el problema de las fuentes va más allá de una simple comparación entre ellas para llegar a algo un poco más próximo a la verdad histórica, que siempre queda en tela de juicio: “Cualquier historiador novato debe saber que las fuentes son inútiles si no las interrogamos [...]. Sin embargo, cuestionar a las fuentes con una metodología correcta o compararlas con otras para ‘construir’ un relato ‘verdadero’ también plantea un sinnúmero de preguntas” (Barrón 2008: 5). La construcción textual en la novela de algo que en su comicidad hilarante *se parece* de manera inquietante no solo al discurso oficialista, sino también a la historia que se puede colegir de las fuentes, podría ser, por tanto, otro modelo de una cadena metonímica de diferencias infinitas que deconstruye, a la manera de Derrida, un vacío de pomposidad por partes iguales grandilocuente, trágico y risible, que en su multiplicidad nunca es idéntico a sí mismo y tan solo recuperable en forma de parodia. Es decir, el discurso revolucionario establece con el pasado una relación de analogía y no de referencialidad. Siendo ambos caóticos, desordenados e irremediabilmente contradictorios, el discurso

⁵ Friedrich Katz, por ejemplo, escribió: “Sólo a 20 años del comienzo de la Revolución de 1910, Plutarco Elías Calles trató en muchos sentidos restablecer un régimen que tenía bastantes semejanzas con el porfirato [...]” (2004: 14).

⁶ A modo de ejemplo se pueden consultar Castañeda (1988), Arias (2001), Ibargüengoitia (2002), Lange (2008), Barrón (2008), Miklos (2010) y Margarito (2012), entre otros.

⁷ Un interesante matiz en el debate es introducido por Ríos Baeza cuando escribe: “Ibargüengoitia no desmitifica ni invierte ninguna coyuntura: reorganiza [...] los hechos de una Revolución que puede asumirse en cuanto comedia o en cuanto tragedia, pero ya no en cuanto historia oficial” (Ríos Baeza 2010: 47).

vigente no aclara mucho y no subsana los errores del pasado, sino que forma parte de una continuidad histórica. Benjamin postula que “[l]a tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla. Tenemos que llegar a un concepto de historia que condiga con esta situación”.⁸ Las postrimerías de la lucha revolucionaria después de la muerte de Obregón, a principios del Maximato y en torno a la revuelta escobarista, retratadas en *Los relámpagos* y libremente enriquecidas con episodios revolucionarios anteriores, muestran más que nada que la Revolución Mexicana sí es un acontecimiento trascendente, pero no en cuanto a su historicidad, sino en cuanto a su institucionalización, quiere decir, por la trascendencia que tuvo su estado inacabado.

En el nivel estilístico sorprende la rapidez de los acontecimientos que se siguen en una carrera sin respiro hasta el final del epílogo, en el que el narrador nos informa de que después del exilio en Texas regresó a México como héroe y que no le va nada mal económicamente. La actividad frenética y siempre provisoria ante la gran tarea de la Revolución le granjea, al final de su vida, un estado acomodado, el cual viene a ser reconocido como el móvil principal que lo habría impulsado desde el principio. La Revolución es así desenmascarada como un verdadero revuelco que cambia continuamente las estructuras del poder para instalar a nuevos dirigentes, con las miras puestas exclusivamente en beneficiarse a sí mismos, hasta su eventual destitución y la renovación del ciclo con otros dirigentes que siguen sus pasos.

Demorémonos, entonces, un momento más en el marco de la narración. Tras el epílogo de Arroyo tenemos, al final del libro, la “Nota explicativa para los ignorantes en materia de Historia de México”, que difícilmente puede pertenecer a la voz enunciativa de un editor ficticio del texto o a aquel Ibargüengoitia a quien se alude en el prólogo de Arroyo como escritor contratado. La nota con sus informaciones sobre el trasfondo histórico es, más bien, un breve informe aparte, que tanto contrasta con la voz de Arroyo como le da perfil y dimensión histórica. De esta manera, esa voz en *off* de la nota sirve para dos funciones que no son del todo contradictorias: la de brindar un pequeño contrapunto a Arroyo, que no quiere llegar a ser simplemente un correctivo, y la de respaldar la ficción anterior. Según esta nota, la intención del texto podría ser, en su lectura más simple, subrayar que México ha contado con un exceso de caudillos revolucionarios, de altos cargos, que como consecuencia prolongaron la lucha armada más allá de lo necesario: “[...] los padres de una nueva casta militar cuya principal preocupación, entre 1915 y 1930, fue la de autoaniquilarse” (117-118). Con su característica ironía sutil la nota sigue explicando que estas “grandes purgas no fueron completamente eficaces”, más allá del marco temporal propiamente dicho de la narración:

⁸ Traducción mía del original: “Die Tradition der Unterdrückten belehrt uns darüber, dass der ‚Ausnahmestand‘ in dem wir leben, die Regel ist. Wir müssen zu einem Begriff von Geschichte kommen, der dem entspricht” (Benjamin 2010: 87).

En el año 1938, el Ejército Mexicano contaba con más de doscientos generales en servicio activo, de los cuales más de cuarenta eran de División, y con sus efectivos no podían formar ni tres Divisiones. La solución de estas anomalías la dio la Ley de Pensiones de Retiro y la Naturaleza. En la actualidad, el Ejército Mexicano tiene los generales que le hacen falta; todos los demás están enterrados, retirados o dedicados a los negocios (118).

La nota termina así sobre el mismo tema que el epílogo de Arroyo, las prebendas, pero después del cierre de este segundo colofón, como contrapunto a aquella prosperidad que Arroyo disfruta tras su periplo, no estamos, obviamente, ante un final feliz. El desenlace es prácticamente el mismo que encontramos en otro epílogo de las novelas de Ibargüengoitia: en *Las muertas* el afán de lucro de las hermanas Baladro sobrevive hasta en la cárcel, donde se vuelven prestamistas y “su capital, calculan las otras presas, asciende a cien mil pesos” (Ibargüengoitia 2012: 169). Tanto las supuestas rectificaciones contenidas en las memorias de Arroyo, que no aclaran el pasado, como la “Nota explicativa” apuntan, por tanto, sobre todo a un futuro problemático y a problemas irresueltos que posiblemente siguen siendo determinantes en la vida sociopolítica del país, como sustrato de una violencia apaciguada momentáneamente, pero no menos influyente, por ello, en la gobernación del país. Si la “Nota explicativa” debilita la voz de Arroyo, al señalarle como uno de estos protagonistas de la contienda sin miramientos para nadie ni nada que no resulte en beneficio propio, la refuerza también por apuntalarla en su trasfondo histórico. Precisamente lo contrario pasa al principio de la novela en el prólogo que crea una confusión estupenda:

Manejo la espada con más destreza que la pluma, lo sé; lo reconozco. Nunca me hubiera atrevido a escribir estas *Memorias* si no fuera porque he sido vilipendiado, vituperado y condenado al ostracismo, y menos a intitularlas *Los relámpagos de agosto* (título que me parece verdaderamente soez). El único responsable del libro y del título es Jorge Ibargüengoitia, un individuo que se dice escritor mexicano. Sirva, sin embargo, el cartapacio que esto prologa, para deshacer algunos malentendidos, confundir a algunos calumniadores, y poner los puntos sobre las íes sobre lo que piensan de mí los que hayan leído las *Memorias* del Gordo Artajo, [etc.] (9).

Este prólogo me parece un asunto hartamente complicado que todavía no ha recibido la atención que merece. Lange mantiene “que se trata de una simple inversión paródica del “proemio” de *Ocho mil kilómetros en campaña*, en el cual Obregón afirma su honestidad a la hora de escribir sus observaciones autobiográficas”, proemio que, cabe añadir, es apenas menos confuso y vacío que su parodia, y que siguiendo “las propuestas de Bajtin [...], el personaje y el autor se expresan sincrónicamente” aquí, empleando Ibargüengoitia “el concepto de la ‘doble voz’ de forma literal, o sea, innecesariamente abierta” (Lange 2008: 156). No se ha reparado suficientemente todavía en que la historia que sigue no evidencia la influencia del autor “que se dice autor mexicano”. Escalante habla de un “juego de narradores”, de un “narrador ingenuo [...] y un narrador malicioso (implícito)” (Escalante 2002: 501), Medina de “narrador-autor (el que hace

hablar al narrador-personaje)” (Medina 1996: 31; cf. también 51-55). Bravo Arriaga escribe que “el escritor pierde su identidad para otorgar personalidad creadora absoluta a su personaje” (Bravo Arriaga 2002: 485) y Sergio Pitol ha escrito que “*Los relámpagos de agosto* es el libro de las memorias de Arroyo *dictado* al joven Jorge Ibarguengoitia” (Pitol 2002: XIX; cursiva mía). Domenella ve en el Jorge Ibarguengoitia del prólogo “otro narrador [...] que organiza el texto global y representa la visión dominante del metanarrador quien, por supuesto, se encuentra fuera del relato” (2011: 19) o habla de “narrador protagonista” y “narrador privilegiado” (2002: 272).⁹ Mi visión de la parodia implícita al juego encerrado en la relación entre Arroyo como narrador sin apoyo y el narrador Ibarguengoitia difiere de estas otras maneras de enfocar el enmarcado. Casi parece banal constatarlo, pero hasta la “Nota explicativa” el narrador Ibarguengoitia permanece completamente pasivo frente a aquel afán justificador de un Arroyo que se erige como narrador intradieético con derecho absoluto: el texto se pone en escena como si el autor Ibarguengoitia “que se dice escritor mexicano” ni siquiera se haya hecho al trabajo de redactar las notas del cartapacio, de establecerse como panegirista, como correctivo o como calificador o comentarista de la narración, sino que las deja hablar por sí mismas sin intervenir, habiéndoles puesto tan solo un título “soez”. Como instancia narrativa desaparece por completo hasta el final. De ahí que el prólogo sea un contrasentido total y una alegación por parte de Arroyo que cae en saco roto, porque dentro de la ficción del libro Jorge Ibarguengoitia ni es responsable, ni podemos saber hasta dónde puede ser responsable, y ni siquiera es escritor, sino un vago que probablemente se ha ahorrado mucho trabajo al publicar el texto en bruto, no obstante éste debería haber servido como cartapacio de apuntes para la rectificación de la historia.

Es exactamente lo que hizo Ibarguengoitia, con todavía más maestría, en *Las muertas*. Allí el narrador finge preparar una novela sobre el caso de Las Baladro (Las Poquianchis) y entrega un texto que pretende estar inacabado, comparando varias fuentes que devienen en perspectivas cambiantes del suceso y que se complementan y contradicen mutuamente, como si el narrador fuera un observador imparcial. Pero resulta que está, a fin de cuentas, más comprometido con el mundillo de la prostitución de lo que aparenta, pues deja caer al final que ha frecuentado el establecimiento para tener relaciones sexuales con Blanca. De ahí también la acertada pregunta que Margarita García Flores dirigió al autor (“¿El narrador es el libertino?”) y que este supo desviar irónicamente: “-No. Nunca frecuento burdeles. Los únicos que he visitado son los de Las Poquianchis y estaban cerrados cuando fui” (Ibarguengoitia/García 2002: 418). Es decir, en ambas novelas el lector se encuentra con narradores altamente traicioneros, que ni siquiera asumen su papel como debieran. En el “proemio” de *Ocho mil kilómetros en campaña* Obregón alega: “Este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad controla cada uno de sus capítulos” (Obregón 2008: 149). Pretende, por tanto, ser un mensajero especialmente autorizado para acaparar toda la veracidad del discurso sobre la historia revolucionaria, precisamente por no ha-

⁹ Véase también Campesino (2005: 43-57).

ber concedido a su vanidad que le habría aconsejado proporcionar “datos y documentos que sirvieran para mi obra, a un escritor quien, con lenguaje galano, habría sido tan pródigo en elogios para mí, como pródigo en propinas me hubiera encontrado” (149). La parodia implicaría, entonces, que en el caso de Arroyo, éste sí se ha entregado a su vanidad al contratar a “un individuo que se dice escritor mexicano” para que le elogie por las propinas recibidas, pero este, visiblemente, ni siquiera hizo el trabajo encomendado, pasando, pues, a desautorizarlo en vez de legitimar su versión histórica.

Si vemos lo que Juan Gualberto Amaya escribió en la “Advertencia” que preside su libro *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes “peleles” derivados del callismo*, se nota que la supuesta ejemplaridad del “esfuerzo consagrado”, que Amaya dedica a las futuras generaciones, se convierte en advertencia para el futuro de México en la transposición (no tanto transfiguración) que hizo Ibargüengoitia de estas palabras:

El esfuerzo consagrado a los trabajos anteriores [*Madero y los auténticos revolucionarios de 1910 y Don Venustiano Carranza. Caudillo constitucionalista*] se propuso hacer historia de verdad que oriente a nuestras juventudes y a la misma posteridad sobre hechos reales y positivos, que hagan verdadera luz en los muchos relatos que diversos escritores han dado a la publicidad, unos conceptuando al calor de las pasiones, otros mal informados y animados solamente por el apetito de lucrar, y no faltan muchos que con toda intención, en su afán de darse personalidad, han mixtificado dolosamente la verdad para enaltecer falsas personalidades o para desvirtuar la gestión de los verdaderos hombres de la Revolución (Amaya 1947: VII-VIII).

Los entendidos o hasta cierto punto informados o desinformados en materia de historia mexicana pueden interrogar el texto así entregado en *Los relámpagos* para darse cuenta de que la mayor semejanza consiste precisamente en cuanto a la veracidad de su contenido paródico, es decir, en su inquietante identidad con el modelo supuestamente parodiado. Aquí no hay hipérbolo sino un parecido tétrico con la historia.

Por la conspicua ausencia del narrador supuesto hay que leer *Los relámpagos*, en el marco de la narración, como un texto doblemente comprometido. Así como el testimonio de Arroyo no deja lugar a dudas de que su conducta no ha sido más loable que la de sus compañeros de armas, de sus enemigos y calumniadores, el narrador implícito prescinde irónicamente de cualquier esfuerzo de encauzamiento del texto que pudiese hacerlo más verdadero o fidedigno. Ante la verborrea de la historia se ha dado por vencido desde el principio y se ha retirado perezosamente para ponerle tan solo el título soez de *Los relámpagos de agosto*.¹⁰ En la novela el título se explica por la fecha de la revuelta en agosto 1929 y el esfuerzo de salvarla por un “viaje relámpago al Norte”

¹⁰ Domenella aclara al respecto que el propio Ibargüengoitia le ha hecho saber en entrevista personal en 1979 que se trata de un refrán de su tierra natal: “Lo oculto tras la disculpa es un dicho popular fragmentado. En el ámbito rural guanajuatense se dice: ‘viene como los relámpagos de agosto, pendejeando por el sur’, lo que responde a un hecho meteorológico, porque las lluvias en esa región llegan por el norte, y por lo tanto es inútil que relampaguee por el sur” (2005: 24). Cf. también Campesino (2005: 28) y Trejo (1997: 45).

(85) para tomar el pueblo fronterizo Pacotas¹¹ con un tren de dinamita que explota no como hubiera debido hacerlo, sino más tarde:

El [carro comedor] “Zirahuén”, que seguía cargado y al que Benítez le tenía tanto cariño que lo llevaba para todos lados, explotó. Nadie sabe por qué. Y con él explotaron dos carros de municiones que iban en el primer tren y además, toda la artillería y, por supuesto, todos sus ocupantes, incluyendo a Benítez, el inventor del “Zirahuén”, que tan valiosos servicios había prestado y que tan brillante futuro hubiera tenido de no haber estado de nuestra parte (108).

Arroyo, a pesar de su derrota total por el todopoderoso y ubicuo Vidal Sánchez, léase Plutarco Elías Calles, se ha salvado gracias a otro robo: Macedonio Gálvez le perdona la vida por haberle ‘regalado’ su pistola de cache de nácar al principio de la novela. La pistola de cache de nácar aparenta ser, a primera vista, un artilugio narrativo, que propulsa y, al final, cierra la trama, pero que carece de importancia por sí mismo (al igual que el reloj de oro de Marcos González, el ‘mero mero’, léase Álvaro Obregón, al principio de la historia). Sorprende saber que este detalle de la pistola de nácar, teniendo todas las apariencias de un truco narrativo, se modeló también sobre la realidad.¹² Al contrario que Benítez, “el inventor del ‘Zirahuén’”, Guadalupe Arroyo sí tiene como superviviente de los estallidos de agosto un brillante futuro después de la deportación de Vidal Sánchez. La “acción relámpago” (90) se pierde en el cielo como el Curtiss del “héroe de la aviación” Juan Paredes de la novela: “Se elevaron sin ningún percance y pronto se perdieron en el nublado cielo de agosto. Fue lo último que se supo de ellos, porque hasta la fecha no se han encontrado ni siquiera sus restos” (105). Así, la acción relámpago se ha convertido más bien en símbolo de un fenómeno harto común en la historia de México: la continuidad de azares peligrosamente arraigada en el cuerpo político del país. Por ese robo de la pistola, Arroyo hubiera pasado a Gálvez por las armas y ahora éste no cumple con las órdenes superiores de pasar a Arroyo por las armas por su supuesta munificencia, ironía perfecta de una tragicomedia. La novela cierra con las palabras de Arroyo: “Claro que en ese momento no estaba yo con alientos para contradecirlo” (114). El empeño de justificar lo narrado se detiene al final. La reivindicación es desenmascarada como cantinela de acusaciones. Se puede concluir, por lo tanto, que la revisión del pasado que hace Ibarguengoitia con su novela en clave paródica, una historia en que los acontecimientos se siguen con vertiginosa rapidez, no quiere tener aliento para contradecir a nadie. Ya es demasiado tarde para resucitar los orígenes de la contienda que ha dado lugar a reescrituras permanentes del pasado. *Los*

¹¹ Para el episodio en Obregón, véase también López (2002: 224-227) o directamente Obregón (2008: 214-222).

¹² Juan Villoro comenta: “Ibarguengoitia también toma de Amaya la anécdota que abre y cierra su novela: el robo de la pistola perpetrado por un militar en desgracia que luego asciende y se siente en deuda con su víctima” (Villoro 2002: XXXVI-XXXVII). Para el episodio sobre la aprehensión del teniente Francisco Valle Arizpe en las memorias de Amaya, véase también, en el mismo volumen, las páginas 203-205.

relámpagos de agosto es una versión entre varias, ni menos trágica ni menos risible que la realidad. La contrahistoria no se distingue en lo esencial de los anales. Cerremos, por consiguiente, también con Benjamin:

[...] si uno se pregunta, a quien trata de comprender el historiógrafo del historismo. La respuesta tiene que ser inevitablemente: al vencedor. Los gobernantes alternantes son siempre los herederos de todos los que triunfaron alguna vez. Entender a los vencedores le viene por tanto muy bien a los poderosos. [...] El botín, como siempre ha sido costumbre, forma parte de la marcha triunfal. Al botín se le llama patrimonio cultural. [...] El materialista histórico se aleja por tanto en la medida de lo posible de [la tradición]. Considera su cometido cepillar la historia a contrapelo.¹³

Quizá reste recalcar que esto es precisamente lo que Ibargüengoitia hizo con tanta maestría en *Los relámpagos de agosto* cuando salva un parecido objetivo en las falsedades de las memorias subjetivas y cuando hizo de innumerables divergencias históricas una exactitud trascendente. La verdad histórica de la novela reside en su condición de botín del patrimonio cultural de la Revolución Mexicana que pasa de una mano a otra sin parar y sin que el “individuo que se dice escritor mexicano” pueda ni quiera hacer nada, años después, para rectificarla.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amaya, Juan Gualberto (1947): *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes “peleles” derivados del callismo. Tercera etapa: 1920 a 1935*. Ciudad de México: sin editorial.
- Arias, Ángel (2001): “Ibargüengoitia y la nueva novela histórica: *Los relámpagos de agosto*”. En: *RILCE*, 17, 1, pp. 17-32.
- Azuela, Arturo (1984): “Jorge Ibargüengoitia: múltiples espejos de utopías gastadas”. En: *Cuadernos Americanos*, 255, 4, pp. 75-79.
- Barrón, Luis (2008): “Los relámpagos críticos: La revolución de Jorge Ibargüengoitia”. En: *Istor*, 35, pp. 3-12.
- Benjamin, Walter (2010): *Über den Begriff der Geschichte*. Ed. Gérard Raulet. Berlin: Suhrkamp.
- Biron, Rebecca E. (2000): “Joking Around with Mexican History: Parody in Ibargüengoitia, Castellanos, and Sainz”. En: *Revista de Estudios Hispánicos*, 34, 3, pp. 625-644.
- Bravo Arriaga, María Dolores (2002): “*Los relámpagos de agosto* o de una nueva forma de nombrar”. En: Ibargüengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid *et al.*: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 483-492.

¹³ Traducción de: “[...] wenn man die Frage aufwirft, in wen sich denn der Geschichtsschreiber des Historismus eigentlich einfühlt. Die Antwort lautet unweigerlich[:] in den Sieger. Die jeweils Herrschenden sind aber die Erben aller, die je gesiegt haben. Die Einfühlung in den Sieger kommt demnach den jeweils Herrschenden allemal zugut. [...] Die Beute wird, wie das immer so üblich war, im Triumphzug mitgeführt. Man bezeichnet sie als die Kulturgüter. [...] Der historische Materialist rückt daher nach Maßgabe des Möglichen von ihr [der Ueberlieferung] ab. Er betrachtet es als seine Aufgabe, die Geschichte gegen den Strich zu bürsten” (Benjamin 2010: 34).

- Campeño, Juan (2005): *La historia como ironía: Ibarguengoitia como historiador*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato.
- Castañeda Iturbide, Jaime (1988): *El humorismo desmitificador de Jorge Ibarguengoitia (Breve comentario de su obra narrativa)*. Guanajuato: Gobierno del Estado de Guanajuato.
- Delgado Martín, Jaime (1992): *Historia General de España y América. Hispanoamérica en el siglo XX*. Madrid: Rialp.
- Domenella, Ana Rosa (2011): *Jorge Ibarguengoitia: ironía, humor y grotesco. "Los relámpagos desmitificadores" y otros ensayos*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- (2005): "Jorge Ibarguengoitia y la historia de México. Entre la fascinación y la farsa". En: *Signos Literarios*, 1, pp. 13-27.
- (2002): "Jorge Ibarguengoitia. La revolución como un robo". En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 266-285.
- Domínguez Michael, Christopher (2006): "Jorge Ibarguengoitia. El lado oscuro de la luna". En: *Letras Libres. Edición México*, 90, pp. 79-81.
- Escalante, Evodio (2002): "La ironía en Jorge Ibarguengoitia". En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 498-503.
- García, Gustavo (1978): "Jorge Ibarguengoitia: la burla en primera persona". En: *Revista de la Universidad de México*, 12, pp. 19-23.
- González, Alfonso (1998): *Voces de la posmodernidad: seis narradores mexicanos contemporáneos*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ibarguengoitia, Jorge (2013 [1964]): *Los relámpagos de agosto*. Barcelona: RBA.
- (2012 [1977]): *Las muertas*. Barcelona: RBA.
- (2002): *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53).
- (1992): *Instrucciones para vivir en México*. Ciudad de México: Joaquín Mortiz.
- Ibarguengoitia, Jorge/Asiain, Aurelio/Oteyza, Juan García (1985): "Entrevista con Jorge Ibarguengoitia". En: *Vuelta*, 100, pp. 48-50.
- Ibarguengoitia, Jorge/García Flores, Margarita (2002): "¡Yo no soy humorista!". En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 406-421.
- Katz, Friedrich (2004): "Un intento único de modernización en México: el régimen de Lázaro Cárdenas". En: Maihold, Günther (comp.): *Las modernidades de México: espacios, procesos, trayectorias. Congreso anual de la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina [Berlín, 13-15 de noviembre del 2002]*. Ciudad de México: Porrúa, pp. 11-22.
- Lange, Charlotte (2008): *Modos de parodia: Guillermo Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Jorge Ibarguengoitia y José Agustín*. Bern: Lang.
- Lorenzo, Jaime (1991): "La pareja profana (Historia y humor en la obra narrativa de Jorge Ibarguengoitia)". En: *La Palabra y el Hombre*, 78, pp. 287-297.
- López Téllez, Adriana I. (2002): "Jorge Ibarguengoitia y los memorialistas (Fragmentos memoriosos de los generales Amaya, Santamaría y Obregón)". En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 200-227.
- Margarito Gaspar, Mayra (2012): "La desmitificación del héroe histórico en la obra de Ibarguengoitia". En: *Etudes Romanes de Brno*, 33, 2, pp. 97-109.
- Marías, Javier (2006 [1989]): *Todas las almas*. Barcelona: Debolsillo.

- Medina, Rubén D. (1996): *La otra cara de la revolución: hacia una explicación retórica de la risa*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Miklos, David (2010): “Jorge Ibarguengoitia y la edición de la Historia”. En: *Istor*, 42, pp. 145-155.
- Obregón, Álvaro (2008): *Ocho mil kilómetros en campaña*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Pitol, Sergio (2002): “Jorge Ibarguengoitia”. En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. XV-XXII.
- Rehder, Ernest (1993): *Ibarguengoitia en Excelsior, 1968-1976. Una bibliografía anotada con introducción crítica y citas memorables del autor*. New York: Lang.
- Reyes, Juan José (2004): “Jorge Ibarguengoitia: la malicia del sentido común”. En: *Revista de la Universidad de México*, 5, pp. 16-23.
- Ríos Baeza, Felipe A. (2010): “Desplazamientos paródicos del proceso revolucionario mexicano en *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibarguengoitia”. En: *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, 16, 44, pp. 41-47.
- Rosenvinge, Teresa (2009): “La realidad irreverente de Jorge Ibarguengoitia”. En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 705, pp. 39-42.
- Santillán, Gustavo (2002): “La crítica literaria en torno a *Los relámpagos de agosto*. 1964-2000”. En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. 246-260.
- Sarlo, Beatriz (2012 [2005]): *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Sheridan, Guillermo (1995): “Regreso a *Los relámpagos de agosto*”. En: *Vuelta*, 225, pp. 50-52.
- (1997): “La historia como farsa en Jorge Ibarguengoitia”. En: Collard, Patrick (ed.): *La memoria histórica en las letras hispánicas contemporáneas. Simposio internacional, Amberes 18-19 de noviembre de 1994*. Genève: Droz, pp. 249-259.
- Trejo Fuentes, Ignacio (1997): *Lágrimas y risas (La narrativa de Jorge Ibarguengoitia)*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Villoro, Juan (2002): “El diablo en el espejo”. En: Ibarguengoitia, Jorge: *El atentado. Los relámpagos de agosto*. Ed. Juan Villoro/Víctor Díaz Arciniega. Madrid et al.: ALLCA XX (Colección Archivos, 53), pp. XXIII-XXXVIII.

Fecha de recepción: 06.08.2016

Versión reelaborada: 18.01.2017

Fecha de aceptación: 16.02.2017

| Arndt Lainck se graduó en Literaturas en Lenguas Española e Inglesa por las universidades de Constanza y Granada, doctorándose en la Georg-August-Universität Göttingen con una tesis sobre las figuras del mal en *2666* de Roberto Bolaño. Actualmente trabaja en la Universität Bamberg, e investiga sobre la representación del tiempo en las literaturas de la península ibérica y de América Latina. Después de su libro *Las figuras del mal en 2666 de Roberto Bolaño* (2014), ha publicado artículos sobre Roberto Bolaño, José Emilio Pacheco, Jorge Ibarguengoitia y Juan Rulfo, como, por ejemplo, “‘William Burns’ de Roberto Bolaño o las llamas del sueño de la paranoia” (2015).